

LAS MORADAS

DE SAN MARTÍN

ALBILLO REAL

*Hay tantas maravillas en una copa
de vino como en el fondo del mar.
Despierta el catador que llevas dentro.*

A stylized, handwritten signature in black ink, consisting of a large, looping initial 'A' followed by a smaller 'S' and a flourish.

VINOS DE MADRID
DENOMINACIÓN DE ORIGEN

“Si no he de conocerte nunca,
haz al menos que te extrañe”.

JAMES JONES

LAS HORAS MUERTAS

LLEGUÉ AL BALNEARIO por un doble motivo: el anuncio para la provisión de la plaza de médico-director de los baños y la enfermedad de mi hermano Darío. Acababa de terminar los estudios de Medicina y esperaba suplir la falta de experiencia con la carta de recomendación de un tío de mi madre, don Matías, que había hecho fortuna introduciendo el pan de Viena en la península ibérica. Sentado en la sala de espera intentaba alisar mi único traje, algo maltrecho tras un infernal viaje en tren y diligencia. El diploma enmarcado de la Exposición de Ámsterdam, que le acreditaba como la mejor instalación hidroterápica de España, presidía la sala. Me asomé a la ventana. Hacía una mañana luminosa y el lago arrojaba destellos a los cuatro puntos cardinales. Se abrió la puerta y un hombre obeso y taciturno, de cuidada barba entrecana, me dio una mano de cal fría sin mirarme y me invitó a pasar.

-Doctor Hugo Staderini. Vascongado.

-Así es, nací en San Sebastián. Pero el trabajo como ingeniero de minas de mi padre nos llevó a Madrid.

-Madrid... Demasiado ruidosa para mí. Recién doctorado, por lo que puedo ver. ¿Sobre qué versaba su tesis?

-Sobre el dolor. Presenté un estudio de psicofísica, una aproximación literaria al padecimiento humano.

-Como sabrá, señor Staderini, la inesperada defunción del doctor Pastor nos obliga a cubrir su plaza. ¿Dónde leyó el anuncio del puesto que ofertamos?

-En La voz de Guipúzcoa, a la que mis padres están suscritos desde hace años.

Llamaron a la puerta. Requerían su presencia en otra sala. Me quedé curioseando los objetos del despacho. Tras un biombo japonés se ocultaba la sombra de un diván, donde lo imaginé haciendo la digestión con un orujo de hierbas apoyado en el pecho. En un mueble de caoba descubrí una edición en piel de La Eneida, probablemente del siglo XVI o XVII, soldados de plomo, miniaturas de porcelana italiana, un cráneo de oso adulto y varias monedas romanas enmarcadas. De las paredes colgaban una serie de óleos antiguos con motivos cortesanos y los retratos de los socios fundadores.

Al regresar, pidió disculpas.

-Era importante: el marqués de Comillas ha confirmado su estancia la semana próxima. ¿Por dónde íbamos, señor Staderini? Sí, ahora recuerdo. ¿Qué conoce de nuestro balneario?

-Conozco la fama de la Fuente del Estómago y la del Hígado. Los beneficios higiénicos y curativos a estas altitudes y de estas aguas son su mejor publicidad.

-En realidad, buscamos pregoneros de esa fama y de ahí la importancia del puesto que ofrecemos. Contamos con algunos clientes que regresan desde hace más de veinte años a tomar las aguas, la cura de reposo y de altura. Y la gente satisfecha corre la voz. Veo que su hermano Darío está enfermo.

-Así es. Enfermó hace dos meses: tos crónica con esputo sanguinolento, fiebre, sudores nocturnos, pérdida de peso... Los síntomas de la tuberculosis.

-Nos visitan más de ochocientos enfermos de tuberculosis al año. Pero también epilépticos, enfermos de sífilis, parejas con problemas de fertilidad o personas que sufren accidentes nerviosos. Incluso tuvimos a un industrial astillero que vino a tratarse su mal genio, como si el mal genio pudiese borrarse tomando vasos de agua. Pero sobre

todo contamos con gente adinerada que quiere y puede descansar. La salud también es un estado mental. ¿Cuándo llegaron?

-Ayer, a última hora de la tarde –Y dejé escapar un suspiro, sin poder evitar acordarme de las horas de tren y estación, de los chasquidos del látigo y la voz del mayoral animando a los caballos y guiando la diligencia, de la respiración entrecortada de mi hermano y de su palidez, de la belleza de las crestas de piedra reflejadas en el lago, de la algazara de curiosos que se asomaban por las ventanas y de la gloriosa sensación de dejarme caer en la cama del hotel y desmayarme. Diez horas después me encontraba en una entrevista de trabajo.

-Su tío es benefactor del balneario. No un gran benefactor, pero sí que aporta una cuota anual desde hace años. Y eso es bueno para usted. ¿Qué cree que es la Medicina, señor Staderini?

-Yo diría que es la ciencia o el arte de curar.

-Una visión muy utópica. Más bien sería el arte de mentir al paciente. Y la mentira es un placebo inmejorable. Someteré al consejo de administración su candidatura y en el plazo de seis semanas recibirá nuestra contestación. Muchas gracias, señor Staderini. Que su estancia en nuestro balneario sea inolvidable y que su hermano tenga

una pronta recuperación.

Nos dimos un apretón de manos y salí del despacho. Me sentía eufórico, convencido de haber conseguido la plaza, el inicio de mi carrera como médico.

Dejé a mi hermano en una bañera de cobre estañado. Le habían prescrito un tratamiento intensivo de inhalaciones y debía seguirlo a rajatabla. Al cerrar la puerta, en el preciso instante que conectaban la estufa de desinfección, me pareció que Darío miraba al otro mundo. Recuerdo haber leído algo inquietante al respecto: para el doctor Charkovsky, el agua desarrollaba la clarividencia y la telepatía.

Me dirigí al café, donde media docena de caballeros mataba el tedio bebiendo vino tinto. De la pared colgaba un cartel: “En la antigüedad, denominaban a los filósofos catadores de mundo. Ahora que sueñan más los espantapájaros que los hombres, atrévete a catar el mundo: toca, huele, paladea, utiliza los sentidos animales, del animal que fuimos. Despierta al catador que llevas dentro”. Se lo escuché a un poeta arruinado: hay tantas maravillas en una copa de vino como en el fondo del mar.

Me acodé en la barra y pedí una copa. El camarero, adivinando mis pensamientos, me contó que los

propietarios planeaban construir un Casino para llenar las horas muertas.

-Una buena táctica -le contesté-. Por la mañana sanarán los nervios que el juego ha destrozado por la tarde.

-La gente quiere sentir la adrenalina de ganar y el vértigo de perder, señor -sentenció con gravedad mientras frotaba las copas con un paño.

Me senté al fondo del local, junto a los ventanales, en una mesa de mármol, y le pedí prestado El Imparcial a un notario riojano. Es una basura, una sarta de mentiras y modernidades, me dijo al entregármelo, escandalizado, estrecho de miras como un católico ferviente. Pude leer una nueva excentricidad de la actriz Sarah Bernhardt. Se acababa de retratar en el interior de un féretro, con un vestido de raso blanco, las manos cruzadas, cerrados los ojos como si estuviese muerta. Y tan encantada había quedado con el retrato que de inmediato había dispuesto en su testamento que si muriese joven la enterrasen de esta manera. El resto no era otra cosa que palabrería comprada por el Gobierno, asaltos de bandolero narrados sin ningún talento literario y anuncios de Zarzaparrilla Bristol -lo mejor para la corrupción de la sangre- o Perlas

Vitales -para enfermedades incurables-.

Aire y solo aire.

A nuestra llegada, el recepcionista del hotel nos había explicado las normas y horarios del complejo. A las ocho, el desayuno. De nueve a once, inhalaciones, baños y tomas de agua. Después de la comida, paseo por la pradera o pequeñas excursiones por la falda de los montes. Y de siete a ocho de la tarde, la llegada del correo y de los nuevos bañistas. A las nueve, la cena de bienvenida que inauguraba la temporada. La noche se reservaba para el descanso o el amor. Salí a pasear. Permanecer allí, en invierno, cuando la nieve bloquease el camino de acceso y el cielo se cerrase sobre sí mismo, atrapado entre pensamientos y montañas escarpadas, podría resultar algo claustrofóbico. Pero el trabajo me permitiría sacar el tiempo necesario para encarar la escritura de una novela que no dejaba de acosarme; dejar salir, de una vez, a la abeja laboriosa que llevaba dentro. Pasar a la posteridad o preparar el final perfecto de todo escritor secreto: el seudónimo en la lápida.

Dos valientes se batían en una carrera a nado en el lago. El vencedor donaría las 1.000 pesetas del premio a los huérfanos acogidos en el balneario. Los huérfanos, niños

de cabeza rapada incubando el bacilo de Koch o la mala suerte, contemplaban a los nadadores con la apatía de los gatos caseros. Los nadadores alcanzaron la otra orilla y regresaron al punto de partida; uno de ellos comenzó a distanciarse brazada a brazada, para terminar rebasando a su contrincante por varios cuerpos de distancia. El ganador alzó los brazos y miró abiertamente a las mujeres, que no dejaban de aplaudirle, antes de besar la mejilla tísica de un huérfano. Si uno adaptaba las pupilas a la luz, se podía adivinar a los sarrios y las cabras montesas en las crestas rocosas o las infidelidades encubiertas en los pequeños gestos de las damas y los caballeros. Me alejé para escapar de la muchedumbre y sumergirme en *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens.

Recuerdo que Darío no se encontraba bien y que no bajó a la cena de gala; se quedó, arropado entre almohadones, escribiendo en su diario. En ese tipo de actos sociales me sentía como Jonás en el interior de la ballena, pero me pareció descortés saltarme el protocolo, ya que a los médicos nos proporcionaban alojamiento gratuito y, además, optaba a un puesto de trabajo. Componían la mesa central el afamado oculista doctor Roviroso, el niño Losada, prodigioso violinista, el actor catalán León Fontova, el cónsul de España en Kingston, señor Valls,

Américo Núñez, conocido por sus ácidas caricaturas de la clase política, y el mago y escapista Mr. Laffitte, capaz de hacer desaparecer, según proclamaba la propaganda de su espectáculo, cualquier objeto y cualquier recuerdo.

Diluidas entre conversaciones, murmullos y risas, un pianista tocaba sonatas de Mozart. El salón era un hervidero de grillos, un baile de máscaras no declarado. Decenas de cabezas de ciervos colgaban de las paredes. Me instalaron en una mesa de cinco comensales, junto a un hombre de aspecto apagado que se apellidaba Bérge y la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Se presentó como Nora Orlova. Su belleza cosmopolita, iluminada por las lámparas de queroseno, hacía daño; una mujer así podía influir en mareas y terremotos. Debía de tener mi edad, pero yo me estaba quedando calvo, era melancólico y poco agraciado y, por mucho que lavase mi cara en el manantial de la belleza, nada se podía hacer. La imaginé dirigiendo un circo ecuestre o una academia de sordomudos. Un matrimonio francés de mediana edad, señor y señora Feuillette, corresponsal de prensa él, pintora ella, completaba el círculo. Pude comprobar que la señora Feuillette sufría de leucorreas, también llamadas flores blancas, en la piel.

Tras el discurso de bienvenida –los políticos hablaban lento para mentir rápido– nos sirvieron una rica ensalada de queso de cabra y pasas y un estofado de jabalí bañado con un vino de la tierra que me resultó desconcertante y delicioso. El universo debe de ser la distancia entre el paladar y el cerebro, dijo Nora Orlova. Y yo me asomé a sus ojos verde clorofila para verla charlar, en un perfecto francés, con el matrimonio, gesticulando cuando había que gesticular, sonriendo cuando había que sonreír, tan inalcanzable como el centro del sol.

Supongo que mi juventud, mi condición de médico y la euforia del vino le dio al hombre apagado la confianza necesaria para entablar conversación. Me relató que había trabajado toda su vida en el Instituto Anatómico de Córdoba, en Argentina, como profesor de Higiene. Ante la pérdida de Danella, su única hija, decidió que no podía vivir sin volver a verla y donó su cuerpo a la Universidad. Varias generaciones de estudiantes de Medicina habían realizado sus prácticas con ella, ganándose el sobrenombre de La Bella Durmiente. Me lo contó con los ojos iluminados, con orgullo de padre y una tristeza congénita, y yo le sonreí entre el pavor y la lástima; sin duda, algún día regresaría sobre mis pasos para escribir esa historia.

Crucé algunas miradas tímidas con Nora Orlova, pero nada más. Me retiré a mis aposentos en el preciso instante que le pedían al niño prodigio Losada que tocara su violín. No se pudo negar.

La fiebre alta de Darío me tuvo dos días al lado de su cama, leyendo a ratos Arroz y tartana, de Blasco Ibáñez, tomándole la temperatura casi todo el tiempo. Una tarde encontré a Nora Orlova en la pequeña sala que servía de biblioteca. Consultaba unas cartas de navegación con la intensidad en la mirada de una viuda enterrando a su único hijo. Sentí el vértigo en las entrañas, el desajuste entre lo imposible y lo improbable, un enamoramiento a escala de Dios. Carraspeé para no asustarla y me acerqué, quitándome el sombrero. Me dio la mano con delicadeza y se la besé. A una mujer así uno no le besa la piel, le besa el destino y las vidas anteriores.

Desde niña me obsesiona la historia de un barco perdido: el *Elsken* -me relató.- Partió de la isla de Luzón, cargado de oro y seda, el 6 de diciembre de 1784, con once cañones y el mar en calma, pero nunca llegó a puerto. Me gusta especular con las posibles rutas que pudo tomar. Para mí no existen las horas muertas. Supongo que el día que

deje de ser curiosa, envejeceré, me dijo cerrando el tomo de golpe y levantando una nube de polvo en suspensión. Quiso devolverlo a la estantería, pero pesaba lo suyo y me ofrecí a ayudarla. Después, olvidando el motivo que me había llevado hasta allí, supongo que envalentonado o borracho de alegría, le propuse dar un paseo. Para un melancólico, el rechazo de una mujer bella es algo con lo que ya se cuenta.

Si declinaba mi invitación, llovería sobre mojado. Pero el mundo pertenece a los valientes y, como decía un buen amigo, sucede menos veces de las que esperas, pero sucede.

Sorprendentemente, aceptó.

Abrió una sombrilla china y caminamos por la pradera. Una niña volaba una cometa bajo la atenta supervisión de su institutriz; los huérfanos la miraban con las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos. Nos sentamos en un banco junto al lago. Un cura dibujaba a carboncillo el nudoso tronco de un árbol. Un pescador amenazaba con el puño a su reflejo en el agua por cada gusano robado y arrojaba el sedal tan lejos como le era posible. Se escuchaban los cencerros de las vacas en la lejanía.

Nora Orlova me contó que había vivido en todas partes, atravesado, incluso, los desiertos de Persia oriental, Turquestán, Afganistán y Beluchistán. Contrajo la malaria al este del Caspio y se estaba recuperando camino de su siguiente aventura. Por sus venas corría sangre tártara y francesa y se había criado con una condesa sajona sin descendencia que le había convertido en su heredera. No creía en las religiones, pero sí en la inteligencia y en el mundo interior. No tenía residencia fija y no quería perder el tiempo con maridos y maternidades. Me dijo todas estas cosas con los ojos sin miedo, la sonrisa torcida, el espíritu indomable. La besé bajo un cielo plomizo de tormenta. Me llevó a su habitación y me enseñó las reglas de la inmortalidad: el arte de desnudar a una mujer y la tristitia post coitum. Al día siguiente se marchó sin despedirse, sin dejar una nota o una carta de navegación, dejando su fantasma para siempre.

Al regresar a Madrid, descubrí que mis posibilidades para la plaza de médico-director de los baños y aguas minerales no es que fueran remotas, eran inexistentes. El marqués de Colldecarrera, accionista mayoritario de la sociedad, había pactado la llegada de su sobrino.

Y el dinero manda.

La enfermedad se llevó a mi hermano Darío a los pocos meses. Acababa de cumplir veintitrés primaveras. Pude llegar a tiempo desde Cestona, Guipúzcoa, donde ejercía como médico, y desearle buen viaje. Le prometí leer y luego destruir los diez grandes paquetes de cuartillas de su diario; satisfecho, cerró los ojos y murió. Veinte años después volví a encontrar a Nora Orlova en la fotografía de un periódico: la habían detenido por su implicación en el atentado de Sarajevo que terminó con la vida del archiduque Francisco Fernando de Austria y de su esposa, la condesa Sofía Chotek. Fue fusilada al amanecer, los ojos sin miedo, la sonrisa torcida, el espíritu indomable.

ÓSCAR SIPÁN



Óscar Sipán (Huesca, 1974). Galardonado en numerosos certámenes literarios y autor de los libros Rompiendo corazones con los dientes (Premio de Narrativa Odaluna 1998, Edisena), Pólvora mojada (XVII Premio de Narrativa Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal 2003, Diputación de Zaragoza), Leyendario. Monstruos de agua (2004, March Editor), Escupir sobre París (2005, March Editor), Tornaviajes (Premio Búho 2006), Guía de hoteles inventados (IX Premio de Libro Ilustrado 2007, Diputación de Badajoz), Leyendario. Criaturas de agua (Premio al libro mejor editado en Aragón 2007), Avisos de derrota (2008, Onagro Ediciones), Concesiones al demonio (Ediciones Nalvay, 2011), Cuando estás en el baile, bailas (Edaf, XVI Premio Ciudad de Getafe de Novela Negra 2012, Finalista del Premio Silverio Cañada 2013, Semana Negra de Gijón. Escrito junto a Mario de los Santos) y Quisiera tener la voz de Leonard Cohen para pedirte que te marcharas (Base Editorial, 2013, Finalista del Premio Hispanoamericano Gabriel García Márquez 2014). Guionista de los cortometrajes El talento de las moscas, El mundo mío y Cuarenta días de niebla. Editor y socio fundador de Tropo Editores, junto a Mario de los Santos.

Viñedos de San Martín, S. L.U.

28680 San Martín de Valdeiglesias. Madrid Tel.: +34 687 457 235
bodega.lasmoradas@grupoenate.es - www.lasmoradasdesanmartin.es
